

Sobre *Lo cubano en la poesía*

UN CLÁSICO VIVO

Coincidamos, al menos, en que toda literatura, para ser tal, necesita de la presencia de determinados libros. En tanto esos libros definen un carácter, un espíritu, una voluntad de búsqueda que consiga encarnar en la propia materia del país al que se refieren, retratan o persiguen, esos tomos son imprescindibles. Trazan líneas, proporciones, definen cánones, son manifiestos de la desazón o el gozo que la nación halla en sí misma, reproducida en páginas imborrables. Coincidamos, también, en que no todas esas literaturas tienen esos libros. O que a veces, los títulos que fueron alzados como piezas paradigmáticas de ese cuerpo nacional acaban siendo olvidados, puestos en tela de juicio, negados o discutidos hasta ser pulverizados por las nuevas generaciones. Todo eso, insisto, es fundamental para que un país comprenda o juegue a comprender su noción de sí desde la literatura.

Lo cubano en la poesía es uno de esos libros. Imprescindible, a la vuelta de tantas décadas, se le sigue leyendo y entendiendo como piedra de toque para el concepto poético que ha ido fundamentando Cuba hasta la actualidad. Escrito en 1957 por Cintio Vitier, lo integran las diecisiete lecciones que el poeta y ensayista concibió para ser ofrecidas como un curso entre los muros del Lyceum de La Habana. Curso, lecciones, metodología, poética... son palabras que no deben dejarse fuera de las revisiones que de vez en vez nos exige este ensayo denso, abundante de páginas, en el que se nos dice y augura que la poesía va iluminando al país. Redactado cuando ya la aventura de *Orígenes* era historia, ese libro está sin embargo en la memoria y el rostro que hoy preservamos (o se nos quiere hacer preservar) del grupo origenista. Es un manifiesto, una lectura programática y tendenciosa —como ha de serlo todo manifiesto, coincidamos de nuevo— que conduce el tránsito de lo lírico en Cuba hasta el glorioso portal que fue el cenáculo lezamiano.

Norge Espinosa

Vitier hurga en ese misterio, en «lo cubano», no para desentrañarlo, lo cual sería obra alquímica, sino para enumerar y calibrar sus manifestaciones. Cómo ese enigma, lo cubano, ha alcanzado a ser entrevisto en la literatura de una isla remendada a golpes de cruces culturales, bajo presiones políticas y de tantas otras clases que pudieron transformarla en una suerte de caos tropical. A ese caos, Vitier enfrenta un orden, inefable como la poesía misma, pero sostenido en la propia voluntad de resistencia que todo poeta ha debido mostrar en ese archipiélago a fin de poder ser. Recordemos aquí la frase de Varona, aplicada a Julián del Casal, aquella donde el pedagogo afirmaba que «en Cuba se puede ser poeta, pero resulta imposible vivir como poeta». *Lo cubano en la poesía* es una respuesta a esa sentencia. Ya que la isla no siempre podía entender a sus bardos, los bardos iban a entender, a redefinir, a reinventar una nueva isla.

Arcadismo, Ingravidez, Intrascendencia, Lejanía, Cariño, Despego, Frío, Vacío, Memoria, Ornamento, son los puntos cardinales, las montañas y capitales de esa nueva isla. Vitier desarrolla su tesis interconectando autores de diversas épocas, en un avance cronológico que avanza redibujando la propia historia en la cual dice engastarse. Del paisaje poblado de indios y náyades a la voluntad bucólica del romanticismo, se alcanza hasta el hastío del poeta modernista, se toca fondo en la sombra martiana y se quebranta ese mismo espejo en la desazón republicana, a la que respondieran Vitier y sus acólitos con el mundo otro que prometía ser Orígenes. El cierre del libro es el umbral de un tiempo en el cual la poesía tendría que encarnarse en nuevas formas. Esas nuevas formas, nos dice ahora su autor, solo podría procurarlas la Revolución.

Lo cubano en la poesía, coincidamos, es un libro imprescindible. Como tal, se le ha manipulado de los modos más diversos. Hoy, el poeta y ensayista que lo firma insiste en presentar esas páginas como una suerte de premonición de lo que Cuba sería después de 1959. A esa lectura caprichosa se han enfrentado varias voces. Mi generación ha querido dismantelar su afán político, insistiendo en el modo en que, además, Vitier se aparta de aquellos autores que no comprende, o de quienes se siente distanciado. Pobres son, por ello, las páginas de un libro que se supuso en sí mismo tan abarcador e integrador de todas las formas y fórmulas de lo cubano, en las que Vitier manifiesta su desconcierto o desdén ante lo que la Avellaneda, Virgilio Piñera o Dulce María Loynaz ofrecen a ese margen. La primera porque, a pesar de esa pieza excepcional que es su soneto *Al partir*, no le ofrece «una captación íntima, por humilde que sea», de lo cubano. Piñera, por razones que hoy entendemos como de mezquindad, crítica: la importancia que tiene *La isla en peso* debiera acallar esos párrafos que huelen más a riña callejera que a certeza literaria. Y respecto a la Loynaz, el crítico se limita a mencionarla... en una nota al pie.

Coincidamos también en que determinados arrebatos verbales del libro ya nos son intolerables. Hundir a esos autores mencionados para levantar sonido y furia sobre otros no tan dotados, es un gesto que viene acompañado de expresiones que hoy ya no sostienen demasiada fuerza crítica. Para loar al padre Gaztelu, un poeta menor del grupo origenista, Vitier echa mano, por

ejemplo, a los siguientes frasesos: «cándidos primores», «pintado gozo verbal», «su garza buida», «su lindo caracol». Es el mismo Gaztelu al cual Rodríguez Feo cenizó, espantado al leer aquella décima risible donde el cisne es comparado a un almohadón de pluma.

Pero coincidamos en que se trata de un libro imprescindible. La poesía cubana puede enorgullecerse de un volumen que intenta fundamentarla y filtrarla a través del cuerpo nacional. Su autor no ha aumentado luego esas páginas, cerró la puerta de ese interés en los años setenta, y la nueva poesía, salvo casos aislados, parece serle extraña. No debiera asombrarnos: en 1958, cuando se publica la edición príncipe de este libro esencial, ya nuevos autores estaban labrando el vano terreno de la atención del lector en Cuba, nuevos poetas que, en las páginas de *Ciclón*, mostraban sus primeras cartas. Pero Vitier no los menciona, clausura su libro con los nombres que se acercaron al último *Orígenes*. Sarduy, Díaz Martínez, Arrufat, Marré no existen en ese libro que ellos leyeron y criticaron. Perteneían a un grupo disonante, no a la coral que Lezama quiso dirigir sobre todas las voces de la Isla.

Desde esa coral de voces disonantes, sobre esa metáfora de coincidencias y de búsquedas hacia un imprescindible respeto a las diferencias, leo ahora *Lo cubano en la poesía*. Sacralizado, es un libro al que se le puede arañar aún, y sacársele provecho. Lo leo con el fervor, el respeto y la voluntad de discusión que todo libro verdaderamente imprescindible debe ofrecernos. Si clásico, como dice Borges, es ese libro al que las generaciones de cualquier tiempo pueden volver en busca de una verdad, este libro es, con su desmesura y reticencia, con su gozo y su peligro, un clásico. Coincidamos en que no todas las literaturas tienen un clásico aún vivo en sus estantes. Y coincidamos, entonces, en el privilegio de poder leer y discutir ahora uno. Y felicitemos, por ello, a su autor, a Cintio Vitier.